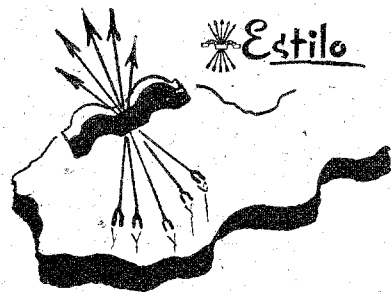




Política



EL JOVEN Y LA MUERTE

El gran diario «Arriba», portavoz de la Falange de Madrid, ha publicado recientemente, bajo este título, un magnífico artículo que, partiendo de un maravilloso simil entre Matías Montero — primer caído de la Falange — y un aviador alemán, establece la trayectoria común a las Juventudes de los pueblos que siguen una idéntica línea al servicio de un nuevo orden mundial.

Dice así «Arriba»:

«Nos acordamos de nuestro Matías Montero. Era un joven español destinado a la muerte, como lo está — y Dios quiera que se fruste tal destino, — el comandante de la escuadrilla alemana aérea Richthofen, condecorado con la Cruz de Hierro por Hitler. Montero tenía diecinueve años. Schellman, el jefe de la escuadrilla, veintinueve. Casi la misma edad que tendría Matías Montero si viviera. Ambos pertenecen a una generación coincidente en el esfuerzo y en el sacrificio: la generación de la muerte.

No hay nada más horrendo, nada que tenga tanta fuerza teratológica como la idea de la muerte sugerida a espíritus débiles. El miedo aniquila grandes caracteres intelectuales y políticos. Se mueren en la cama, de arterioesclerosis o de gota, hombres que podían haber llegado a mandar multitudes. La cobardía crea entre estos hombres y la realidad una muralla chinesca insalvable. En cambio,

¡qué espléndida en el desprecio a la muerte, en la fuerza de la pasión, la generación falangista que seguía a José Antonio primero y después a Franco! Es una generación de grandes ambiciosos, para la que los bienes materiales, las ganancias de la existencia temporal, no bastan a llenar su gran medida. Las generaciones cobardes tenían una medida materialista, la medida de los agasajos que la existencia reserva a los pobres de espíritu. Nosotros, falangistas de la fundación, irrumpimos en la vida pública y en la vida militar de España para sacudirnos a las gentes incapaces del heroísmo como norma cotidiana. Porque el heroísmo — el heroísmo al que sólo acceden los elegidos — se había convertido en España en sinónimo del desprecio hacia la muerte. Olvidando que nuestro pueblo es cristiano y carece del pánico gentilicio ante el tránsito mortal.

Schellman — veintinueve años, soldado eminente — es el signo de la juventud que crea a los pueblos, hace la política y gana las victorias por medio del desprecio a la muerte. El joven piloto alemán — que logra la Cruz de Hierro casi a la misma edad que la conquistó el cabo Adolfo Hitler — representa lo sustantivo de la política revolucionaria del III Reich. Hay una política que vive bajo la muerte y otra que vive sobre ésta. La vivencia política bajo la muerte es la

de los países acobardados ante la dureza de los acontecimientos interiores y circundantes. Es la política de la ganancia personal, del medro de un partido; la política que nosotros hemos hundido para siempre.

La política que vive sobre la muerte y a pesar de ésta es la que inauguró la Falange, la que continuó en la guerra y la que sobrevive, por fuerza de jóvenes y auténticos héroes; en estas horas capitales de la Patria.

Con Matías Montero y otros camaradas, héroes jóvenes, alegres ante la muerte, enemigos de la cobardía, inauguró España su política actual. La arterioesclerosis y la gota — entre otros males físicos y morales — acaban de derrumbar a los enemigos de la Patria. Mientras existan hombres como Matías Montero y Schellman, el mundo pertenece a la juventud. Pueden caer a docenas, a centenares y acaso a millones. Pero no habrá solución de continuidad en las aspiraciones y en los latidos de las generaciones juveniles. El enemigo, el miedo, el obstáculo, están centrados. Son una diana que tocamos a diario. Un corazón podrido con sólo una apariencia plástica. Ya no hay nada en ese corazón. Porque la sangre, el «quid» vital, está en el corazón de los jóvenes que se entregan a la muerte para ganar la vida de una nueva civilización.

(Viene de la página 1)

Universidades, la minoría más escogida de nuestros mejores.

La bandera fué alzada y para defenderla, en días de sublime locura que marcarán ya para siempre la primera aurora de nuestra era nacional-sindicalista, surgieron como milagro inexplicable, miles y más miles de requetés del embalse navarro, y miles y más miles de camisas azules de las tierras castellanas, a tal punto que hubo quien pudo decir que en Navarra hasta los árboles producían requetés y en Castilla hasta las espigas de trigo formaban haces de flechas, pero también cayeron, cayeron alegremente, poéticamente; como quería el Fundador.

La bandera fué alzada, y para atacarla y derribarla, surgieron de las oscuridades geográficas y urbanísticas de nuestra península, pistolas asesinas a sueldo de internacionalistas, de extranjeros y del capitalismo caciquil y socializante: los unos deseosos de consumir la venta de España a Moscú y los otros también enemigos de la Falange al ver que ésta no se prestaba a ser una gendarmería que defendiera sus intereses y sus posiciones de clase.

La bandera fué alzada y para atacarla y derribarla en unos días agónicos para España, fueron llevados a nuestro territorio nacional turbas de incendiarios y delincuentes extranjeros, que con el nombre de brigadas internacionales, sembraban cobardemente la muerte y la desolación por doquier donde pisaban.

Y contra los asesinos y contra los incendiarios y contra los delincuentes cayeron los nuestros, y gritando ¡Arriba España! y ¡Viva España! se fueron a los luceros montándonos una mitología sideral, para que los tuviéramos constantemente presentes en nuestro afán y para que su presencia

fuera la espada de fuego que nos señalara constantemente la obligación que tenemos de continuar, hasta el fin, el camino que nos señaló José Antonio y que ellos comenzaron.

Víctimas de las balas de embrutecidos y de homosexuales, los nuestros cayeron por Dios y por España, y nosotros que vivimos a diario en el misterio de su presencia, tenemos la obligación de que su sangre no sea estéril, tenemos la obligación de continuar la magnífica obra y la revolución nacional por ellos iniciada.

La revolución es obra de una minoría inasequible al desaliento, si alguien por una rebanada más o menos de pan se desalentara, ¡caiga sobre él la maldición eterna! ¡caiga sobre él la sangre de nuestros miles de caídos que constantemente claman venganza por los que no saben cumplir con su deber!

Y si alguien por reminiscencias capitalistas y señoritiles se apartara de la recta línea de la Revolución Nacional-sindicalista por nuestros caídos iniciada, ¡sea condenado por el Señor al fuego y a las tinieblas eternas! y sea condenado por nosotros, al desprecio más absoluto.

Camarada granollerense: Ante la lista de nuestros cuarenta caídos y ante los miles de caídos del resto de España, levanta tu brazo, y jura, con toda lealtad, no apartarte del cumplimiento de tu deber, y jura, enérgicamente, varonilmente, aceptar gustoso la muerte antes que renegar de los principios eternos por los que ellos dieron gustosamente sus vidas, y jura, también, consagrarte, con todas tus potencias, al logro completo de todos los postulados y fines de nuestra Revolución Nacional-Sindicalista, ya que solo mediante ella, España rejuvenecida y renovada interiormente, podrá marchar por caminos de auténtica libertad, unidad y grandeza hacia el Imperio que todos deseamos.